¿Una libertad desde el dogma?

*El paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado*

E.M. Cioran (1949)

Pareciera que el constante génesis que vive el ser humano en la hipermodernidad (Santuc, p. 162) lo termina llevando a un vórtice y delirio donde no parece haber una base sobre la cual edificarse. El individuo y su evolución han cobrado notorio protagonismo pero, paradójicamente, este mismo individuo protagonista queda marginado a un espacio donde no tiene los cimientos sobre los cuales configurarse a sí mismo plenamente; quedando así a la deriva y en medio de un sin fin de corrientes que se mueven en direcciones distintas. ¿Cómo el árbol podría acaso ser libre sin la tierra a donde ata sus raíces? ¿Cómo el cerezo podría llegar a abrir sus pétalos sin el sustrato de donde empezó a germinar? ¿Cuál es el sentido de que se disuelvan las grandes ideologías si esto nos deja nadando en medio de un embravecido océano que arrastra escombros de ruinas pasadas? Como bien nos recuerda Santuc: “la libertad no es tal sin las raíces que desarrolla en el mundo” (Santuc, p. 174).

La individuación tan propia de las culturas hipermodernas desencadena en una abrumadora cantidad de individuos con sus muchos diversos procesos individuales de evolución. En medio de este escenario, es normal encontrar una basta cantidad de oferta de activismos y actividades en las que es posible, aparentemente, encontrar algún sentido con el cual mantenernos a flote. Sin embargo, es sumamente difícil aferrarse a algo en un espacio y tiempo donde todo lo sólido parece desvanecerse en el aire (Bernam, 1981). Aún así ¿podría este delirio tener un sentido? ¿Podría este brote psicótico colectivo tener utilidad? ¿Es que acaso es posible rescatar algo constructivo y por fin empezar a (valga la redundancia) construir algo útil y para bien como sociedad o, siquiera, fijar alguna base estable sobre la cual empezar estando en medio de de este individuante océano hipermoderno? En el siguiente ensayo se ahondará en estas preguntas a través de las historias de Holden Caufield, el protagonista de la novela *El guardián entre el centeno* (1951), del autor norteameriano J.D. Salinger; y de *Siddhartha* (1922) de Hermann Hesse.

Un posible origen

En el libro *El guardián entre el centeno*, encontramos al protagonista, Holden, con una actitud ciertamente apática para con su entorno. Es posible identificar el porqué de esta apatía: Holden piensa que todo y todos son falsos. Se moldea así un carácter desinteresado para con ese todo: Parece que le da igual el que lo expulsen del colegio, le da igual cualquier consejo que le den, le da igual las relaciones intrapersonales que tiene, etc. Esto al mismo tiempo lo aísla de su realidad, se abstrae de su entorno e interactúa con él sin pretender formar parte. Así, de manera consciente o inconsciente, Holden se rehúsa a satisfacer lo que su entorno espera de él, se niega a complacer las exigencias del sistema que habita.

Existe no solo una apatía, sino que expresa un desprecio profundo por quienes lo rodean. En las descripciones que ofrece de cada personaje, hay rasgos que Holden resalta le generan malestar: ya sean los granos en la cara de su amigo, el olor de la habitación de su viejo profesor, o incluso los buenos deseos que le puedan dar; parece que para este protagonista siempre hay algo por lo que sentir malestar, pero siempre el centro de estos sentimientos negativos hacia el entorno será la falsedad del mismo. Esto, en cierto punto, recuerda al personaje de Siddharta, en la obra homónima del autor Hermann Hesse. En la primera parte de esta obra, se aprecia a Siddhartha despreciando el entorno que lo rodea por ser superficial, yéndose de casa y viviendo miserablemente bajo la intemperie, renunciando así a todo lo que su sistema esperaba de él y anulando cualquier posibilidad de ser un exitoso brahman. Luego de exponerse a todo tipo de inclemencias climatológicas soportando un duro ayuno de veintiocho días, Siddhartha pasa por lugares donde ve príncipes, prostitutas, gente negociando, lamentándose, amamantando, etc; gente viviendo cosas que ahora le parecían extremadamente superficiales y que le hacían sentir un profundo odio y desprecio por ellos, por no darse cuenta de lo tontos que son al vivir engañados.

(...) y encontró todo aquello indigno de su mirada. Todo mentía, todo era hediondo, todo rezumaba engaño y simulaba tener sentido, felicidad y belleza, cuando no era más que podredumbre encubierta. El mundo tenía un gusto amargo. Una tortura era la vida. (Hesse, 1922, p. 25-26)

Así como Siddhartha en esta parte de la obra es capaz de sentir desprecio por la superficialidad que lo rodea, por el engaño que resultó ser la vida; Holden es también acechado por la misma sensación para con su entorno. Si bien él, Holden, no tuvo que pasar inclemencias climatológicas ni pruebas físicas como Siddartha, es claro que tuvo una vida particularmente dura. Además, a esta vida hay que añadirle el acontecimiento de la muerte de su hermano, que lo afecta profundamente y lo hace estallar rompiendo a puños todos los vidrios del garaje. Este hecho, aunque no lo dice así, es claro que lo marca. Pasar por contextos particularmente duros y sufrimientos enormes, le genera un menosprecio por quienes van por la vida sin tener ni idea de lo que significa transitar por ahí.

El perfil del hermano de Holden es el de alguien funcional en la sociedad, es el de alguien que satisface y complace las exigencias del sistema que habita. Aún así, esto no lo salva del cáncer. Tal vez es esto lo que deviene en la apatía y desprecio de Holden por su entorno. Tal vez Holden descubrió que tener buenas calificaciones, ser tranquilo, amable y llevar una vida “encaminada” y complaciente para con su sistema, no garantiza trascender de alguna manera ni mucho menos salva de morir tempranamente. Si es esto en lo que la sociedad cree, en que hay que llevar una vida encaminada para tener éxito, Holden sabe que la sociedad está equivocada. Tal vez por eso Holden desprecia a todos los que pretenden ser “encaminados”. ¿Cuál es el sentido de vivir así? ¿Qué pretenden siguiendo la “rectitud” en la que todos creen? ¿Cuál es la utilidad de tener buenas notas, ser amable o tranquilo? Ante este malestar, Holden pretende irse lejos de todos en un esmero por desligarse de esa superficialidad insultante que lo rodea.

Tanto Hesse como Salinger, autores de *Siddhartha* y *El guardián entre el centeno* respectivamente, vivieron mientras se desarrollaban la primera y segunda guerra mundial. Se suele decir que el arte es un reflejo no solo del autor, sino de su tiempo. ¿Podría ser que estas obras de estos autores sean un reflejo de la profunda decepción de la sociedad occidental para con la lógica, la razón y las grandes ideologías que los habían conducido en su tránsito por la modernidad? ¿Podrían estas obras mencionadas reflejar el origen y pronosticar algún potencial devenir de la sociedad occidental transitando a través de la hipermodernidad? ¿Podría ser que, así como Holden y Siddhartha experimentan el absurdo de los sistemas que habitan y esto los enfrenta a descubrir la inservibilidad de sus estructuras, nosotros como sociedad estemos experimentando algo similar (si es que no idéntico)? Tiene sentido el querer desprenderse de lo preestablecido si es que ya hay tantas muestras de que funciona tan evidente y estridentemente mal. Tiene sentido desencantarnos de lo que nos dijeron es la realidad si es que esta nos resulta tan hostil. Eso preestablecido y que tal vez llegamos a asumir como natural se devela ante nosotros como ficticio, y ya no como un orden que emana del universo como nos hicieron creer. Tal vez el afán por individuarse tan característico en las culturas hipermodernas sea un intento desesperado por un poco de sincera “realidad”. Independiente de lo cuestionable de que sí se logre o no dicha dosis de realidad, lo cierto es que es una notoria característica del tiempo hipermoderno que habitamos el deseo por individuarse y, a través de las obras en mención, es posible descubrir la no arbitrariedad de este rasgo.

El simplemente alinearnos a una ideología y aceptar con inercia la vida, nos ha terminado llevando a la deriva por tragiquísimos y lamentables escenarios como el de los distintos regímenes totalitarios, revoluciones y guerras mundiales de donde se ha destilado todo un verdadero caudal de injusticias y barbaridades. Si la banalidad del mal de la que nos advierte la filósofa judeo-alemana Hannah Arendt, que germina con particular fuerza en esos suelos fundamentalistas, termina desencadenando en el mal radical, entonces ¿Aceptar, como todos, un orden preestablecido solo por aceptarlo no es acaso un espacio propicio para experimentar el mal sobre nosotros? ¿la individuación podría ser entonces una respuesta lógica para intentar prevenir esto? ¿Podría ser una respuesta lógica para recuperar nuestra “humanidad” en medio del “mal” en que vivimos? Lo decepcionante de esos escenarios hace que se disuelva la creencia de que acatando órdenes y alineándonos a patrones preestablecidos todo estará bien. Así, pertenecer por pertenecer pierde sentido. Dejar de pertenecer, individuarse del todo, parece el camino lógico a seguir si es que perteneciendo por pertenecer nos conducimos con inercia hacia lo inhumano. La individuación sería entonces un impulso desesperado por volver a ser humanos.

Una ruta intransitable

Afirma Cioran (1946) que “la vida no puede realizarse más que en la individuación” y, suponiendo que es así, el ser humano que pretende realizarse termina rehuyendo de lo que piensa le impide individuarse, termina rehuyendo de lo que le aleja de sus rasgos peculiares, termina rehuyendo de lo que le aleja de lo que le distingue del resto, termina rehuyendo todo lo que lo vuelve uno más del montón; y, en esta dinámica, este se siente capaz de traicionar todo lo que haga falta. Todo lo que cree le impide individuarse, todo lo que sospecha le pretende homogeneizar pensando que es esto lo que le impide realizarse, lo traiciona (o así lo cree). Al mismo tiempo, para el autor, esto es el “fundamento último de la soledad”: pretender realizarnos a través de la individuación, a través de distinguirnos del resto, expectorando lo que nos alinea; incluso si este ejercicio nos ubica en la soledad. Esta soledad, ocasionada por lo que traicionamos en nuestro afán por realizarnos, para el filósofo rumano, está lejos de ser siempre igual y, sugiere él, existen jerarquías dependiendo de su naturaleza, donde el personaje bíblico de “Judas” (Quien, recordemos, traiciona y entrega a cambio de dinero a quien parecía considerar su maestro y salvador) sería pues el más solitario de todos. ¿Sería entonces Judas (si acaso existió) también el ser más realizado de todos? Se vuelve orgánico entonces encontrar al escritor rumano tallando un “buda con alma de judas”*,* aparentemente sugiriendo la traición como posible ruta a la iluminación (pp. 36-37).

Se advierte de una posibilidad dentro del ejercicio de la individuación:

*Pero existe una modalidad mucho más compleja de traicionar; sin referencia inmediata, sin relación a un objeto o una persona. Así: abandonarlo todo sin saber que representa ese todo; aislarse de su medio propio; repeler -por un divorcio metafísico- la sustancia que os ha amasado, que os rodea y que os sustenta.*

(Cioran, p.36)

El autor, si bien parece proponer la traición como un posible camino a la iluminación, también resalta que el pretender individuarse del todo traicionándolo todo, es “un deseo de eficacia negativa”que conduce a la traición del “ser” y desemboca en “un malestar indefinido” (p.36). ¿Podría ser que ese malestar indefinido ocasionado por divorciarnos metafísicamente de la sustancia que nos ha amasado sea lo que experimentamos de manera colectiva en nuestro presente hipermoderno? Pero, más allá de este supuesto malestar indefinido que ocasiona esta traición al ser y que nos individua y permite, supuestamente, realizarnos ¿acaso es siquiera posible traicionar al “ser”? ¿Acaso es posible individuarse del todo? ¿Es posible, acaso, diferenciarnos de todo lo que somos?

Pareciera que Bernardo Haour sugiere que no, y se refiere en este fragmento a una parte, apenas, de todo esto intraicionable que somos: El pasado.

*Que lo sepamos explícitamente o no, este pasado se inscribe para nosotros en una continuidad con nuestro presente, como algo que lo sostiene, como algo que nos ha permitido pasar a este presente. Podríamos decir, muy esquemáticamente, que por otro lado cada nuevo presente interpreta el presente que ha pasado como algo que ha ayudado a su aparición. Sino estuviéramos como en un caos de instantes sin relación entre ellos. El presente es así una permanente reinterpretación del pasado a la luz de su anticipación del futuro.*

(Haour, s.f., de su texto *Dar sentido a la vida*)

Sosteniendonos en esto, y refiriéndonos a quien toma el camino a la individuación del todo, podemos decir que está tomando un camino intransitable; o, mejor dicho, que no importa cuánto transitemos, no nos va a permitir llegar jamás a nuestro destino anhelado. Siempre estamos sujetos a, por ejemplo y como sugiere Haour, nuestro pasado. Para Haour, no podemos crear una versión de nosotros sin usar para ello lo que acumulamos del pasado. Nos muestra que es imposible. Para el autor, incluso el intento más osado por personalizarse, por diferenciarnos de la masa, por distinguirnos del montón, por individuarse del todo; siempre estaría ensamblado con formas tomadas de nuestro pasado.

Aún así, el deseo por traicionarlo todo (incluso sin poderse ver satisfecho), está; y, para Ciorán, nos ubica en una escala distinta dependiendo de la soledad individuante que anhelemos. Hay, para el autor, un deseo de abstraernos de la humanidad lo más posible, un deseo (para quien anhela esta soledad) por “cortar para siempre los lazos que le ataban a los otros”, y este deseo imposible por encontrarnos en esa soledad, para el escritor, surge de la búsqueda de quien pretende encontrar “la paz de una ausencia imprescriptible”, la paz de una ausencia que nadie es capaz de decirnos necesitamos, que nadie es capaz de decirnos nos tomemos (p.37). Tal vez sea esa ausente paz imprescriptible la que colectivamente anhelamos en medio de este bucle posmoderno e individuante.

Un potencial devenir

Aún así, en una suerte de paradoja, y regresando a los objetos de estudio, esa falta de sentido por las estructuras en las que viven y que empujan a Holden y a Siddhartha a alejarse de todos los que desprecian, los dejan en lugares donde son capaces de descubrir que hay cosas que pueden apreciar. Alejarse del piloto automático que la sociedad le sugería a Holden (tener buenas notas, ser amable, etc) y de todas las personas que aborrece, lo termina enfrentando a la serendipia de encontrarse sinceramente feliz y pleno compartiendo con los demás. Siddhartha, luego de haber renunciado a su preestablecida y privilegiada vida de brahman para volverse asceta, a su vida de asceta para seguir a Buda, a seguir a Buda para ser comerciante, a ser comerciante para ser el ayudante del barquero, y luego de renunciar a todo y todos para vivir solo en el bosque, descubre que en realidad es feliz y pleno amando a todo y todos los que en algún momento pensó despreciaba. “¿Qué sabe del amor aquel que no tuvo que despreciar precisamente lo que amaba?” cuestionaba Friderich Nietzsche ya hace casi siglo y medio; y tanto Siddhartha como Holden parecen descubrir algo similar (si es que no exactamente igual): Descubren que son capaz de gustar de eso que tanto rehuían y de lo que tanto pretendían individuarse, son capaces de gustar de eso que tanto pensaban despreciaban y que, tal vez, gustaban desde siempre, pero nunca, como ahora, conscientemente. Las hostilidades y sinsentidos de los entornos de Holden y Siddhartha los llevó a sentir apatía y desprecio hacia las personas que los rodeaban, y un profundo desagrado hacia las estructuras de las sociedades que habitaban y de donde germinaron, esto genera en ellos una búsqueda por individuarse, búsqueda que terminó desembocando en el descubrimiento del agrado que sentían por ser parte de sus respectivos tiempos y espacios. Tal vez de una manera que, sin ese proceso, hubiese sido imposible de entender y aceptar.

¿Podría ser que tanto la historia de Holden como la de Siddhartha nos den una pista de hacia dónde nos dirigimos como sociedad en medio de este individuante delirio hipermoderno? ¿Podría ser que este afán como sociedad por individuarnos de todo y donde las estructuras que nos organizan se vean cada vez más inestables nos estén conduciendo a un escenario donde podamos descubrir, por fin, nuestro sentido de pertenencia a ese Todo de manera más plena y lejana de lo dogmático y, así, de aceptar pertenecer por pertenecer con inercia? Estas preguntas, proyectadas hacia el futuro, quedan en el territorio de lo irremediablemente especulable, por lo que no son posibles de contestar en este presente. Sin embargo, el verlo así, el verlo a través de los procesos de Holden y Siddhartha y entendiendo eso como un real reflejo de los rasgos y dilemas de estos tiempos hipermodernos que habitaron los autores y que seguimos habitando nosotros, hace que sea un poco más esperanzador el afrontar los posibles devenires que nos esperan en esta hipermodernidad donde todo parece desvanecerse. ¿Pero cuál sería la necesidad de pretender individuarnos de todo si eventualmente nos conduciría a aceptar ser parte de todo nuevamente?

El filósofo cristiano San Agustín de Hipona dejó escrito: “Dilige et quod vis fac”. En sus reflexiones pareciera sugerir que es esta es la fórmula que nos permitirá ser sinceramente libres. La frase se suele traducir al castellano como “Ama y haz lo que quieras”, sin embargo esta traducción contiene una dificultad para entender lo que San Agustín quiso decir: En latín “dilige”(que no tiene una traducción al castellano) es una forma distinta a “amare” (de donde viene nuestro verbo “amar”). Para los antiguos latinos, “amare” contenía una connotación de atracción de manera abstracta, instintiva y autocomplaciente; mientras que “dilige” hacía alusión a sentir atracción por el otro pretendiendo comprenderlo para así actuar en su beneficio. San Agustín nos invita diligir todo para así ser del todo libres. Diligiendo todo, amando de esta forma comprensiva y que pretende la realización del otro o lo otro, es donde nos vemos sinceramente libres de actuar como queramos porque, como el mismo San Agustín sugiere, todo lo que hagamos diligentemente será, necesariamente, para beneficio de todo y todos, por lo tanto desaparecería la posibilidad de hacer el mal. El verlo así nos obliga a pensar críticamente en lo que es el “otro” y lo que es “mejor” para él. ¿Podría entonces esta ser una creencia nuclear que podamos aceptar cual dogma pero que, incluso así, nos permita seguir cultivando nuestro pensar crítico plenam

ente y así, y aunque suene paradójico, sería posible que este fundamento nos ayude a vivir volviendo a ser parte de un todo, pero sin caer en los peligros del totalitarismo y el mal radical al que es particularmente propenso? Tal vez en la individuación tan propia de las culturas hipermodernas es donde nos podemos alejar del amor que simplemente nos atrae a algo alineándonos con inercia, sin cuestionamientos y haciéndonos particularmente propensos a aceptar por aceptar debilitando el pensar crítico y haciendo posible el surgimiento del mal banal y, en vez de eso, nos sirva para transitar hacia la eventual diligencia que nos invita a entender y, así, interesarnos por lo mejor para todo y todos, brindándonos un espacio para cultivar nuestro pensar crítico en el ejercicio de ese entender al otro y entender qué es lo verdaderamente mejor para que se realice. La individuación sería entonces el espacio para regresar, luego de haber estado perteneciendo por inercia durante tanto tiempo como sociedad, a nosotros mismos y encontrar ahí nuestro sentido de sincera pertenencia para con todo y todos.

Así como Holden, luego de menospreciar y alejarse de todo y todos, termina viéndose feliz y pleno mientras juega con los niños a la pelota; y así como Siddhartha se aleja de su familia y futuro privilegiado asegurado para emprender un viaje donde cada vez se desprende más de todo para al final verse a sí mismo siendo uno con el Todo; tal vez nuestra cultura hipermoderna está justamente en esa transición que nos conduce a reencontrarnos con nuestra propia pertenencia, pero de una forma más sincera para con nosotros mismos al mismo tiempo que para con todo y todos los demás. Lo inestable, caótico y hasta delirante que experimentamos en esta hipermodernidad tal vez sea lo propio de la naturaleza los tránsitos. Tal vez nosotros estemos apenas en medio y por eso presenciando toda esta inestabilidad abrumadora. Como bien sugería Antonio Gramsci: “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos”.

Bibliografía:

Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén*. Editorial Lumen. España.

Berman, M. (2011) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Grupo editorial Siglo Veintiuno. Madrid España.

Cioran, E. M. (2014). *Breviario de podredumbre*. TAURUS. España.

Haour, B. (s.f.) *Dar sentido a la vida*. Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Lima, Perú.

Hesse, H. (2003) *Siddhartha*. Planeta. España.

Meneses, J. P.(2015). *Una vuelta al tercer mundo: La ruta salvaje de la globalización*. Penguin Random House. España.

Nietzsche, F. (2016). *Así hablaba Zaratustra*. Alianza Editorial. Madrid, España.

Salinger, J. D. (2010). *El guardián entre el centeno*. Alianza Editorial. Madrid España.

# Santuc, V. (2005) *El topo en su laberinto. Introducción a un filosofar posible hoy*. Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima, Perú.

Witame (05/ 03 /2015). *Amor adhesivo y amor diligente, interesado y desinteresado* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=cj_H7uLlvpQ>

Alumno:

Miguel Arturo Tacilla San Miguel